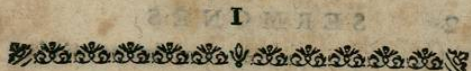


corrompiendo toda la masa de la nacion, me ha parecido necesario prevenir á los incautos, poniéndoles á la vista los designios malvados de estos nuevos prosélitos de la falsa filosofia, el fin á que conspiran, y los medios de que se valen. Con este objeto he insertado en este tomo algunos discursos del *Ciudadano imparcial*, obra que se me atribuye. Protesto que no es mi ánimo zaherir ni injuriar en ellos á ninguna persona en particular. Solo sí refutar los errores y defender la verdadera religion de Jesucristo. Lo bueno que tuvieren mis discursos debe referirse á Dios, origen de todo bien; y los yerros son hijos de mi ignorancia: y todo lo sujeto al juicio de nuestra madre la iglesia católica, como fiel hijo suyo.



SERMON DE ROGATIVA.

LAMENTO DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Ó

Discurso dogmático histórico-moral sobre las aflicciones que padece, sus causas y remedio de ellas.

¿*Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrimarum? Et plorabo die, ac nocte interfectos filiae populi mei.* Jerem. IX. 1.

¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas? y lloraré de dia y noche á los asesinados de la hija de mi pueblo.

SEÑORES:

Asi si lamentaba en otro tiempo el santo profeta Jeremías las infelici-

dades de su pueblo en la cautividad de Sedecías por Nabucodonosor. Y estas mismas palabras no dudo yo adoptar cuando pretendo lamentarme en nombre de la iglesia de España al considerar las calamidades y conducta de sus hijos. "Mirad, dice el profeta, cómo se sienta sola una ciudad populosa, que ha venido á quedar como viuda: privada de su rey, de sus príncipes y magistrados la señora de las gentes: convertida en tributaria la princesa de las provincias.... Llorando toda la noche con sus lágrimas en las mejillas, no halla quién la consuele entre todos sus amados.... Sus perseguidores la aprendieron entre angustias.... Lloran los caminos de Sion porque no hay quién venga á la solemnidad. Destruidas todas sus puertas, sus sacerdotes gimiendo, sus vírgenes sin aseo, y ella oprimida de amargura.... Faltó toda la hermosura de la hija de Sion; sus príncipes (Je-

conías, Sedecías y demas grandes), á manera de carneros que no hallan pasto, marcharon sin fortaleza delante de los (caldéos) que los estimulaban.... Viéronla sus enemigos, y se burlaron de sus sábados; esto es, de sus fiestas, de su religion y de su culto. El enemigo echó mano de todo lo que deseó; porque ella, Señor, vió entrar en su santuario (á los moabitas y amonitas) gentes que habiais mandado no entrasen en tu iglesia. El pueblo todo gimiendo buscaba el pan, dando todo lo precioso que tenian en cambio de alimento para no perecer.... Mis sacerdotes y mis ancianos perecieron en la ciudad, porque buscaron alimento para sí por conservar la vida."

No parece, señores, sino que el profeta al llorar la ruina de Jerusalén, lamentaba al mismo tiempo la afliccion de la iglesia de España en nuestros dias. Los rasgos lúgubres de la descripcion de su lamento

4 S E R M O N E S

son casi idénticos á los que hoy dia diseñan y coloran á esta hija de Sion. Yo os lo haré ver formando el paralelo entre aquellos males y los nuestros, y entre las causas de unos y de otros, para anunciaros finalmente los medios únicos de quedar libres de tan miserable esclavitud: tres reflexiones que dividen justamente la materia de este discurso, digno de vuestras atenciones y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espiritu Santo &c.

Thema ut suprâ.

Para formar justa idea de nuestros males comparados con los del pueblo de Israel basta un momento de atencion sobre las santas escrituras y nuestra propia experiencia. Segun aquellas oimos lamentarse á la hija de Sion por la ruina de su

V A R I O S.

5

santuario, la cautividad de sus hijos, la persecucion de sus ministros, desprecio y abandono de sus solemnidades: por el robo y destruccion de sus ciudades; por las muchas víctimas inocentes que vió perecer á los agudos filos de la espada y de la hambre; por la violenta traslacion de sus príncipes y magnates á la Caldéa y otras regiones; finalmente por el desamparo de sus amigos y convulsion entera del estado.

¿Quién de vosotros, señores, no descubre en los rasgos de esta descripcion la miserable situacion de España en nuestros dias, y el justo lamento de su iglesia? ¿Quién no ha visto sus templos desolados y entregados á las llamas? ¿Robados sacrilegamente sus tesoros y vasos sagrados? ¿Quién no ha visto entrar en nuestros santuarios (si no ya moabitas, ammonitas y caldeos como en el de Jerusalén) judíos, mahometanos, hereges de todas sectas,

ateistas, libertinos, deistas y materialistas? Ellos han hecho irrisión y burla de nuestra religion, de nuestro culto, de nuestras fiestas y solemnidades. Ellos han derribado los altares, destruyendo las aras, acuchillando y quemando las imágenes y reliquias. Ellos han reducido á establos, á servidumbres y lupanares las iglesias; y lo que es mas y digno de llorarse con lágrimas de sangre, ellos han pisado al Santo de los santos, á Jesucristo, digo, en el augusto Sacramento de nuestros altares, á quien los mas sublimes querubines y serafines adoran con sumision postrados.

¿Quién, repito, no ha visto la dura persecucion que han sufrido innumerable multitud de ministros de Dios y dispensadores de sus misterios, arrojados con vilipendio y confusion de sus domicilios, robadas sus propiedades, reducidos á mendigar el sustento, y pereciendo

muchísimos de ellos á manos de la indigencia, baxo la cuchilla y el lazo? A escepcion de algunos monstruos de irreligion y de ingratitude á su patria, ¿quién no ha experimentado ó llorado la mas dura esclavitud, la servidumbre mas cruel, al verse maltratado de palabra y por obra, saqueada su casa, incendiada á veces, y no rara violentado á servir de testigo del deshonor de su muger, de su hija ó familia? ¿Quién no ha visto perecer pueblos enteros, entregados cruel é inhumanamente al cuchillo y al fuego, sin reserva de las víctimas mas inocentes? ¿Quién no ha visto arder las mieses, cortar los árboles, destruir las siembras, acopiar con violencia los comestibles, dexando la tierra y las casas yermas, con el depravado fin de hacer perecer los pueblos? ¡Ah! ¿cuántos infelices no han perecido por este medio inhumano, desconocido entre los cafres?

¿Qué mas? ¿Quién ignora los fraudes, los ardidcs capciosos con que fue ocupada nuestra capital y las plazas fuertes de nuestra amada patria? ¿Quién ignora el dolo con que fueron extraídos de ella su rey, sus infantes y magnates, trasportándolos á regiones extrañas? Mientras duraren los anales de la historia y la memoria de los siglos se mirarán con exécracion semejantes dolos y atentados contra las leyes, el derecho de gentes, la justicia y la equidad.

A vista pues de tantos y tan graves males como ha padecido y padece aún nuestra iglesia de España en el desórden universal y convulsion de sus miembros, y en las calamidades que han sufrido y sufren, ¿no deberá con justa razon lamentarse como otra Jerusalén por boca del profeta: por tanto lloro, y mis ojos vierten lágrimas, porque mi consolador se ha retirado mucho,

y mis hijos andan perdidos por haber prevalecido el enemigo? ¿No podrá decir con David en la amargura de su corazon: mis lágrimas son mi sustento de dia y de noche, cuando me pregunto á mi misma dónde está tu Dios? ¿Por ventura, Señor, me habeis olvidado para siempre? ¡Ah! ¿dónde estan tus antiguas misericordias? ¿Me habeis arrojado en olvido en medio de tu ira? Plantada desde los tiempos primitivos del catolicismo como una oliva fructífera en los amenos campos de esta península, una plaga casi universal ha esterilizado mis frutos. ¡Ah hijos míos! no me llameis ya hermosa; llamadme amarga, porque el Omnipotente me ha llenado de amargura. ¿Ved pues si hay dolor semejante á mi dolor?

¿Pero qué oigo? La voz de Dios que me dice por su profeta: hija de Sion, de tí depende tu perdicion: Todo lo que padeces es un castigo

de las maldades de Jacob y de los pecados de la casa de Israel. Mas esto, señores, pertenece á la segunda reflexion, dirigida á descubrir las causas de los males que afligen á nuestra iglesia.

Consultemos, os ruego, las santas escrituras, que ellas nos las harán visibles. Formemos clara idea de la justicia de estos castigos por el cotejo de nuestra conducta moral y religiosa, con la del pueblo de Israel, esta oliva natural (en que fuimos inxertos segun el apóstol), abandonada de Dios por sus pecados. Comparemos los beneficios que del Señor recibieron, y sus crímenes con los nuestros, y quedaremos instruidos en las causas de nuestras calamidades, y cubiertos al mismo tiempo de confusion y de rubor. Seguidme atentos.

II. Eligió Dios la casa de Israel por su pueblo escogido y favorito. Sacólo con mano fuerte de la esclavitud

de Egipto, haciéndole pasar á pie enxuto por el mar Bermejo, cuyas aguas suspendidas por su Omnipotencia, á manera de un muro impenétrable, envolvieron en seguida y sumergieron hasta el profundo á Faraón con sus carros y á todos los egipcios que perseguian á su pueblo. Condúxolo por el desierto, alimentándolo con pan del cielo por espacio de cuarenta años, sin que sus vestidos ni calzado padeciesen el menor detrimento hasta introducirlo en la tierra de promision, con exterminio de hebéo, el amoréo, el getéo, el ferecéo y demás pueblos de anatema (por sus pecados) que la poseian. Dióles leyes, religion y culto acomodado á la rudeza de su mente y á la dureza de su corazon. Estableció entre ellos un propiciatorio, donde durante su gobierno teocrático era consultado y daba sus oráculos. Mandóles construir un templo, el mas magnífico y

12 SERMONES

adornado que se verá jamas sobre la tierra. Impúsoles preceptos que indispensablemente observasen, prometiéndoles en recompensa una eterna alianza y un reino que no tendría fin, ni enemigos que lo turbasen. Dióles finalmente un signo; esto es, la circuncision, por distintivo de su pueblo.

Pero ingratos ellos á tantos beneficios, quebrantaron muchas veces el pacto y la alianza que con Dios tenían. En el desierto mismo suspiraron por las ollas de Egipto fastidiados del pan del cielo; desconfiaron del poder del Señor para darles agua; protestaron que les causaba náusea el maná, este rocío del cielo, que contenia el sabor de todas las viandas, y apetecieron las carnes: murmuraron de Moisés y de Aaron, que eran sus caudillos en nombre de Dios, y adoraron sacrilegos un becerro de oro. Introducidos al fin por Josué en la tierra

VARIOS. 13

prometida á Abraham, Isaac y Jacob sus padres, ¿cuántas veces contra el orden del Señor no se mezclaron con las moabitas, ammonitas, filistéas y demas mugeres extranjeras, adoptando con tesón el sacrilego culto de sus ídolos? ¿Qué mas? Abandonados de Dios persiguieron de muerte á sus profetas, que les anunciaban las verdades y juicios del Eterno, amenazándolos de parte del Señor.

Finalmente cerrando de propósito los ojos para no ver cumplidas las profecías que hablan expresamente de la venida del Mesías, desaseado de las gentes y de los collados eternos, desconocieron á su Salvador, que vivió entre ellos por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, sanando coxos y tullidos, curando ciegos, resucitando muertos, y poniendo los eternos cimientos de su iglesia; y no contentos con desconocerle, lo

persiguieron, lo acusaron, lo injuriaron, lo mofaron como á Rey de burlas, y con el mas horrendo delicto le hicieron morir en una cruz, por mas vergonzoso suplicio, en medio de dos ladrones, proclamando en altas voces que cayera sobre ellos y sobre sus hijos el exécrable delicto de haber derramado su Sangre.

Este olvido de Dios, la continua violacion de su pacto, alianza y preceptos, junto con la dureza de corazon de los judios, dispuestos siempre á resistir al Espíritu Santo, han acarreado sobre este infeliz pueblo las calamidades que desde entonces ha padecido, padece y padecerá hasta aproximarse la consumacion de los siglos; tiempo en que, segun el apóstol, se salvarán las reliquias. Hasta entonces deben sufrir el abandono. Oid cómo habla de ellos el Señor por su profeta: hijos he nutrido y exáltado; mas ellos han hecho desprecio de mí.

¡Ay de esta gente criminal! ¡pueblo grabado de iniquidad! ¡generacion pérfida! ¡hijos malvados, que han abandonado á su Señor, y han blasfemado al Santo de Israel! ¿Sobre qué miembro ó con qué plaga castigaré vuestras reiteradas prevaricaciones? En vano, como exponen San Cirilo y S. Gerónimo, en vano os he afligido con la hambre, la peste, la guerra, la esclavitud y otras plagas, sin conseguir vuestra enmienda. ¿Esperais por ventura aparte de vosotros mi celo, sin manifestaros mi ira, abandonándoos de por vida? Como si dixera: os dexaré en manos de vuestro consejo y entregados á un sentido réprobo. ¡Ah! desde la planta del pie hasta el remolino de la cabeza nada hay en ti sano. Tu tierra pues quedará desierta por la invasion de los caldeos, romanos y otras gentes; vuestras ciudades serán incendiadas: devorarán extraños vuestra region, desola-

da como en una hostil devastacion. ¿A qué fin vuestras víctimas que me causan náusea? No me ofrezcais mas sacrificios: el incienso lo miro con abominacion. No aceptaré las neomenias, sábados y demas festividades de un congreso inicuo. Mi alma en fin aborrece vuestras kalandas y solemnidades. En castigo de vuestros pecados os quitaré toda la fuerza; es decir, á todos los que puedan defender la república, y os privaré del alimento.... El pueblo en sedicion se combatirán unos á otros, y cada cual contra su próximo. El jóven se rebelará contra el anciano, y el plebeyo contra el noble.

¿Qué mas, añade el Señor, he podido hacer que no haya hecho por mi viña, la casa de Israel? Cuando esperaba que me diese uvas, solo me ha producido agraces. Esperaba obras de justicia, y solo hallo iniquidades, opresion, robos, clamores. ¡Ah! yo entregaré la viña á

otros colonos: se os quitará el reino, y se dará á otras gentes que obren frutos de vida eterna; porque los reinos se transfieren de gente en gente por las injusticias é injurias, por las contumelias y dolos que en ellos se cometen. Tu perdicion pues, Israel, procede de tu maldad; y por haber abandonado á tu Dios te ves hoy sin rey, sin príncipes, sin sacrificio, sin altar, sin pontifical y sin terafin; dispersas tus reliquias sobre toda la tierra y entre todas las naciones por haber caido finalmente sobre vosotros la pena del deicidio, pedida por vuestros padres en la muerte del Mesías, cuya Sangre derramaron con inhumanidad y despreciaron.

Seria molestar vuestra atencion si quisiera producir aqui todos los testimonios de escritura que confirman estas verdades, reconviniendo á la casa de Israel ó sinagoga de los judios con los beneficios que ha-

bian recibido del Señor, con los castigos á que se hacian acreedores por su ingratitude, y al exterminio en fin y desolacion á que la traerian sus pecados; cuya ruina lamenta Jeremias en nombre de Jerusalén. En atencion pues á que todos aquellos oráculos hablan igualmente con nosotros, porque la iglesia de Jesucristo es una desde Abél justo hasta la consumacion de los siglos, y á que sabemos por S. Pablo que la sinagoga y sus ritos, sus ceremonias y sacrificios eran figura del nuestro; del mismo modo baxo el tipo de las penas aplicadas á los judíos por su ingratitude, debemos formar idea de las que nos amenazan si pecamos como ellos. Hagamos pues reflexion sobre nuestra falta de correspondencia á ellos y las calamidades con que mas de una vez nos ha afligido con el fin de corregirnos; y conocerémos claramente las causas del lamento de la iglesia de España en nuestros dias.

Esta ilustre porcion del rebaño de Jesucristo, parte integral de la católica ó universal desde su origen en los tiempos primitivos, ha sido mirada por el Señor con especial predileccion. Sabemos por tradicion inmemorial que estando sumergidos en los errores mas groseros, en las mas densas tinieblas en materia de religion y de culto, envueltos en las deplorables sombras de una eterna muerte, vinieron de parte de Dios á iluminarnos en la fe Santiago y S. Pablo, estas dos grandes y luminosas antorchas de su iglesia. Sabemos que lá Madre misma de Jesucristo en vida mortal consagró nuestra patria con sus plantas, y quiso fuese desde entonces venerada su estatua sobre el pilar de Zaragoza. Sabemos que los príncipes de los apóstoles enviaron á nuestra península siete varones apostólicos, consagrados obispos, los cuales, con varios otros que al mismo tiempo

la ilustraron, extendieron y solidaron la fe, plantaron la iglesia, establecieron su liturgia, enseñaron las verdades evangélicas, disiparon las tinieblas de la ignorancia y del error, destruyeron los ídolos, y dieron finalmente ilustre testimonio de la divinidad de Jesucristo con su sangre. Sabemos que desde aquella época hasta nuestros días no han faltado en nuestra iglesia fieles creyentes que adoren al Señor de las magestades en espíritu y verdad. Por manera, que ni la irrupcion de los bárbaros del norte en tiempo de los romanos, ni la invasion de los árabes en el de los godos, pudieron impedir los templos erigidos á la divina Magestad, ni el culto religioso, el sacrificio augusto y Sacramento de nuestros altares, la gerarquía de esta iglesia, lo sano de su doctrina y precioso depósito de la fe, transmitido de sus mayores, y conservado por una sucesion de sa-

bios, santos y venerables obispos, que han sido y son mirados como ornamento de la iglesia católica. Nada digo de una infinidad de mártires, confesores, vírgenes y viudas que la han ilustrado en nuestra patria con su sangre, con su santidad y virtudes heróicas.

¡Qué rasgos de proteccion de parte de Dios no hemos experimentado muchas veces á favor de nuestra patria y religion contra el furor de sus enemigos! Solo podrá ignorarlos el que sea peregrino en los anales de nuestra historia. Los Pelayos, Alfonsos, Ramiros, Fernandos é Isabeles nos darán siempre ilustre testimonio de ellos.

¿Mas para qué me canso y os molesto? ¿No basta para convencer nos el imponderable beneficio de habernos inxerido en la oliva natural, siendo antes acebuches silvestres? ¿No basta, digo, habernos substituido á su pueblo escogido, fran-

queándonos con prodigalidad sus adorables misterios y sacramentos, con todos los medios oportunos y necesarios para producir frutos de vida eterna?

Si queremos pues comparar estos beneficios con los concedidos por Dios al pueblo de Israel, hallaremos la notable diferencia que media entre la sombra y la verdad, entre la realidad y la figura. Ésta obtuvieron aquellos, y nosotros la verdad. A ellos habló el Señor en parábolas, y á nosotros en Jesucristo su Unigénito, á quien adoramos en la sagrada Eucaristía, viendo con los ojos de la fe al Rey inmortal de todos los siglos, á quien tantos reyes quisieron ver y no pudieron.

¿Y cómo hemos correspondido nosotros á tan singulares beneficios? Pasemos brevemente sobre la conducta de nuestros mayores, y hallaremos, que olvidando mas de una vez sus deberes esenciales de cris-

tianos y de ciudadanos, fueron duramente castigados por su ingratitude. Los wandalos, los suevos, los godos y otros bárbaros del norte, que á manera de langostas desoladoras se dexaron caer sobre nuestra península, fueron los instrumentos con que Dios castigó á los descendientes de nuestros fieles primitivos por sus pecados y discordias. El arrianismo adoptado por los godos cundió como cáncer pestilente por una gran parte de España, hasta que Recaredo por influxo de S. Leandro y otros santos y celosos obispos abjuró del error con toda la nacion en el concilio III de Toledo, en el cual fue abolida y anatematizada esta heregia.

Respiró entonces nuestra iglesia, recobró su candor primitivo, y produjo admirables frutos de ciencia, de virtud y de santidad. Mas en el progreso de los siglos, el enemigo comun sembró cizaña entre la buena

semilla. Los vicios se renovaron, tomaron ascendiente las pasiones, faltó la union y caridad fraterna. La soberbia, el amor propio y la luxuria dominaron hasta sobre el trono. Los pecados é injusticias de Witiza y de Rodrigo encendieron la ira de Dios, que irritado con los escándalos y pecados públicos, envió en su furor un enxambre de africanos, hombres sin humanidad y sin religion, que castigáran estos delitos. Ellos en efecto se apoderaron en breve, y devastaron la mayor parte de las provincias. Solo se salvaron unas cortas reliquias en lo mas áspero del Pirinéo, reservadas por Dios, como por milagro, para la reconquista en lo sucesivo. Ocho siglos de guerra fueron necesarios para purificar totalmente esta mancha y sacudir el yugo de la servidumbre y tiranía de aquellos opresores. Nuestra iglesia en fin volvió á respirar gozosa por la conquista de Grana-

da, último asilo de los mahometanos. Los católicos reyes, celosos defensores de la religion, la hicieron despojarse de los vestidos de luto, y adornarse con los de gala, magnificencia y esplendor. Promovieron la justicia, arreglaron los tribunales, establecieron el de la fe; trabajaron con infatigable teson por la reforma del gobierno, por la decencia del culto, por el aumento y adorno de los templos, por la eleccion de buenos ministros que celasen respectivamente la honra de Dios, á cuya mayor gloria habian consagrado sus reinos.

Empezó entonces á florecer la iglesia de España como en la primavera de sus dias. Pero bien presto levantó la cabeza la discordia, los ódios, las venganzas, que marchitaron su hermosura. Cundió en lo sucesivo el cáncer, se suscitaron rebeliones, se disminuyeron los estados y con ellos la religion. Final-

mente las guerras de sucesion á la corona causaron considerables rebaxas al esplendor de nuestra iglesia, que lloró mas de una vez la profanacion de sus templos y la pérdida de tantos hijos en castigo de sus crímenes. Los siglos venideros no podrán borrar la memoria de tales desgracias.

Pero acerquémonos ya á nuestros dias lúgubres, y exâminemos de buena fe nuestra conducta religiosa, para conocer la causa de los males que nos afligen. ¡ Ah! oid, cielos, y asombraos: aplica, tierra, tus oidos para tu convencimiento. Dos crímenes, dice el Señor por un profeta, ha cometido mi pueblo. A mí, que soy fuente de agua viva, me han abandonado; y han cavado para sí cisternas fétidas y envenenadas, sí cisternas ó rotas, incapaces de conservar el agua; es decir, en mi lugar han subrogado ídolos sin divinidad, á quien adoran. ¿ Es por ven-

tura Israel siervo ó esclavo? ¿ Cómo pues ha sido entregado por preso? Sobre él han rugido los leones, que han reducido su tierra á soledad: sus ciudades han sido quemadas y carecen de habitantes.... ¿ Mas ignoras que esto te ha sucedido por haber abandonado al Señor tu Dios en el tiempo mismo que te conducia por la senda de sus mandamientos? ¿ Desconocéis, señores, este lenguaje? ¿ Ignorais que habla con vosotros en las presentes circunstancias? El que tenga pues oidos para oír, oiga al apóstol S. Pablo hacer la exácta descripcion de lo que una triste experiencia nos hace ver entre nosotros.

Sabe, dice á su discípulo Timoteo, sabe que en los dias novísimos instarán tiempos peligrosos: habrá hombres llenos de amor propio, codiciosos, inflados, soberbios, blasfemos, inobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin afeccion, sin

paz, incontinentes, inhumanos, sin benignidad, traidores, protervos, vanos, y que amarán mas los deleites que á Dios. ¿No es éste, señores, el carácter de nuestras gentes en estos dias lúgubres? ¿No es éste el sistema casi universal de costumbres, adoptado por los pueblos de esta vasta monarquía? ¡Ah! si en el momento que aqui hablo revelára Dios, como lo hará al fin de los siglos, los secretos arcanos de la conciencia de sus habitantes, veríais con horror un testimonio auténtico de esta verdad, que no dexa de serlo por amarga. Vos, señor, me mandais lo diga, y yo no haré agravio ni me avergonzaré jamas del evangelio. Predica la palabra, me ordena Dios por S. Pablo, insta oportuna é importunamente, arguye, ruega, reprehende con toda paciencia y doctrina, porque vendrá tiempo en que no sostendrán las gentes la doctrina sana, antes sí acumularán

á sus deseos maestros ó directores que les adulen los oídos, y apartándolos de la verdad, se convertirán á las fábulas. Para convencerlos pues por reos de los crímenes que acabo de exponer, no necesito de largas discusiones, basta una simple ojeada sobre lo que tocamos por la mas triste y lamentable experiencia. Entrad, prevaricadores, en vuestro corazon: exáminad vuestro interior sin indulgencia.

Todos, dice el apóstol, solicitan sus intereses y no el de Jesucristo. La avaricia es el principal estudio que los ocupa y los desvela. De aqui este gran número de usureros públicos, que haciendo monopolio de los granos y todo género de comestibles, han visto y ven con indiferencia perecer de hambre á sus hermanos por aumentar su tesoro; hombres inhumanos, sin afeccion y sin piedad, verdaderos idólatras, que en lugar de Plutón y de Mer-